

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a solid blue rectangular background.

Diálogo interreligioso desde la experiencia
originaria, puntos de encuentro, de posibilidades
[interreligious Dialogue from the original
experience, meeting points, chance]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Book chapter
Authors	Otzoy, Antonio
Publisher	Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-26 04:05:47
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/195709

Capítulo 1

DIÁLOGO INTERRELIGIOSO DESDE LA EXPERIENCIA ORIGINARIA, PUNTOS DE ENCUENTRO, DE POSIBILIDADES

Antonio Otzoy

Introducción

En este trabajo, nos acercaremos al diálogo interreligioso desde la perspectiva que comparten los pueblos indígenas de lo que ellos piensan que es dicho diálogo. Por lo tanto, este artículo estará dirigido por las ideas y los criterios de los propios protagonistas, indígenas ancianos y ancianas. Esta visión podría ayudarnos a comprendernos y abrimos a los demás. Luego abordaremos el diálogo como un acto dinámico y creativo, que exige valorarlo como ente integrador y revelador, ante el cual es necesario abrir nuestra mente y corazón para percibir la sabiduría que fluye como consecuencia. Por último, y a manera de conclusiones, es importante considerarlo como un tejido donde muchas partes están integradas con las posibilidades que ofrece y las razones de las ancianas y ancianos mayas kaqchikeles de Guatemala.

En cada parte es notoria la presencia de Dios, Creador, Tepeu o Gukumatz, como se le quiera llamar; lo más importante es la experiencia que cada ser humano tiene con esa divinidad.

Acercamiento al diálogo interreligioso

Este escrito que tienes en tus manos, con el sugerente título de Diálogo Interreligioso, desde la experiencia de los pueblos originarios, es la búsqueda de puntos de encuentro y de posibilidades para compartir. Es una invitación y un desafío a encontrarse con ideas diferentes. Ideas extraordinarias que hacen del diálogo un elemento que enriquece la experiencia cotidiana. El diálogo es una de nuestras herramientas en todo el transcurso de la vida; en cada época se hace nuevo porque se reestructura. El diálogo es tan antiguo, pero al hablar de nuestra experiencia con el Creador se enriquece y se hace nuevo en cada momento.

Antes de que nosotros los seres humanos viniéramos al mundo y tuviéramos conciencia de lo sagrado, ya estaba presente el diálogo; él inauguró e instaló el inicio de toda la existencia. Así nos han enseñado, así lo aprendimos y, además, sabemos que genera una fuerza social que debe ser entendible y unificadora para ser semejantes los unos a los otros. Démonos la oportunidad de experimentar el verdadero diálogo con el Creador, para tener una experiencia de diálogo fraterno y constructivo entre nosotros los seres humanos. El diálogo nos abre al sentido y a las profundidades de lo sagrado que se traduce en palabra para compartirla.

El acto de dialogar es sagrado, dicen los hombres y las mujeres cultivadoras de la palabra. Estas personas son aquellas que sirven a la comunidad y tienen un don, son guías espirituales, comadronas o médicos. Se oye decir que si dejamos que continúe presente el espíritu de niño que llevamos dentro, nuestras experiencias de Dios serán como canto de la inocencia que enaltece al Creador y a la tierra. Sonarían al oído bellas melodías que dan vida y se unen con el canto del ceniztle, del canario y de muchas aves más. Su diálogo de lo sagrado está saturado de palabras que despiertan la hermosura y la ternura, y en él todos traen su palabra: los árboles, los ríos, las montañas, las mariposas; la majestuosidad de Dios se hace presente, visible y palpable. Nadie puede cortar o interrumpir ese canto sino hasta haber concluido la última nota. Sin egoísmo ni competencia, se inicia otro canto diferente, pero es canto; todos los cantos son bellos e interrumpirlos es destruirlo todo. Cada experiencia de diálogo con el Creador es como un canto; es como el aroma de las flores y como la delicadeza de los pétalos que una palabra perturbadora es capaz de matar.

Ante semejante manera de considerar el diálogo de la experiencia de Dios, éste nos exige desprogramar todo el pensamiento conocido y apren-

dido y dar paso a uno nuevo. Es una invitación a despertar lo que hemos dejado o volver a lo que hemos olvidado, con su manera propia, que recorre todos los rincones internos del ser humano. Abre todo nuestro ser, da una nueva luz y produce el movimiento placentero entre lo profano y lo sagrado, para usar una expresión de Micea Eliade.

El flujo y reflujo del Espíritu de Dios en todo lo que decimos se traslada al hacer, y esto es permitir que afloren con naturalidad las distintas experiencias de Dios. El diálogo es un remanso que anima, integra, diversifica y refresca el espíritu. Cada experiencia de Dios tiene una marca propia, con su belleza y riqueza, para el desarrollo de nuestra experiencia de vivir. Toda experiencia de Dios va directa a conectarse con la vida y hace que el ser humano crezca y se desenvuelva en la cotidianidad con fluidez de espíritu y acciones de bien.

El diálogo debe ser profundo porque es la continuidad del primer diálogo en que El Creador, Padre y Madre, Corazón del Cielo y de la Tierra, Qukumatz, Tepeu, consultaron y se pusieron de acuerdo... (Popol Vuh) Los pueblos mayas de Guatemala mantienen en su memoria esta parte de lo sagrado del diálogo en su historia, plasmado en su libro sagrado el Popol Vuh.

Muchos no hemos tenido la oportunidad de tener esta experiencia del diálogo con el Creador como música y poesía para la vida. No la hemos experimentado: nos la hemos y nos la han negado y se la sigue negando; es por eso que compartir la experiencia tergiversada de Dios es un problema, nos lleva a la confrontación, a la guerra, a matar y al deleitarse en la muerte. En uno de los documentos del Consejo Mundial de Iglesias, es preocupante leer que “Los principales problemas a que nos enfrentamos actualmente tienen su origen en la religión” (CMI,2003).

Los pueblos originarios han experimentado la confrontación religiosa, por tener una manera diferente de expresar su experiencia de Dios. Toda confrontación aleja de la propia manera humana de acercarse a Dios. Cualquier otra manera se hace poco entendible en la práctica por la confrontación, y lo que se produce es el caos.

El verdadero diálogo hace velar para que cada experiencia compartida en palabras sea como una semilla, y cada participante cuida esa semilla y la deja caer en tierra fértil y atiende los nuevos retoños. Cada uno de los participantes en el diálogo es como un árbol que con fidelidad a la vida cuida sus frutos y sus futuras semillas, para que caiga en buena tierra. El

Creador les dará luz, agua y muchos otros elementos esenciales para brotar, al cabo del tiempo aparecerán nuevos retoños.

Diálogo acto dinámico y creativo

En los pueblos mayas se afirma que todo diálogo debe tener la parte esencial, lo sagrado, como una semilla con todas las potencialidades de vida; es decir, Dios presente. Lo sagrado se constituye en el eje, y se distingue porque lleva al diálogo dinámico y creativo. Las distintas generaciones, hasta nuestros días, han tenido el cuidado de establecer con claridad lo sagrado en su práctica y en sus diálogos. En cada compartir hay una evidente muestra de la presencia de Dios. El respeto al otro integralmente es una de las manifestaciones.

El desarrollo de la vida con conciencia, destaca la intervención de lo sagrado, lo hace conocido y cuando hace falta se percibe el vacío que deja su ausencia. Por eso, muchas ancianas y ancianos kaqchikeles al detectar lo sagrado en el diálogo dicen que refresca el espíritu; trae esparcimiento, paz y sosiego. La fuerza de lo sagrado produce un movimiento que envuelve con dinamismo y guía hacia la creatividad. Hace agradables las ideas y las acciones, y ambas son capaces de motivar para volver a la comunicación con el Creador, de manera constante y enriquecida. Esta riqueza nos hace llegar a ser como el jardín con hojas y flores de distintos tamaños y formas, por las condiciones óptimas en las que nadie es más o menos que los demás.

La relación con el Creador invita a compartir sagradamente y descubrir e impulsa todo el proceso de la existencia. La vida se regenera y debemos dejarla que fluya en nosotros y nosotras; dicen las ancianas, al dar consejo. La relación con el Creador recrea toda la experiencia de vivir; es una luz que se enciende dentro de nosotros y que guía. Permite ver de manera integral y revela la belleza o la maldad de los pensamientos; se ponen en sintonía todos los aspectos del bienestar. Nos rodean muchas cosas y luchan por apagar esa luz. Si esa luz se apaga es porque dentro de nosotros hay oscuridad. No hay manera de volver a la luz si no comprendemos la oscuridad primero y luego valoramos la luz. Muchos nos quedamos presos de nuestra propia oscuridad y, por lo tanto, no encontramos armonía entre lo que escuchamos de los demás, ni aprendemos de nuestras propias experiencias.

Los kaqchikeles expresamos como loq'olej todo lo que es sagrado. Es una expresión que identifica lo divino en todo. Es motivador, hace aflorar las virtudes y las actitudes de mayor beneficio para el individuo y para la colectividad. Esto hace que toda persona no sea un personaje más en la obra teatral de la comunidad. Es importante constituirse en un verdadero actor, capaz de posibilitar una experiencia distinta al entregarse al diálogo profundo con el Creador.

Para compartir con otras expresiones religiosas necesitamos despertar a las dimensiones de lo sagrado; es una necesidad impostergable para darnos cuenta de que estamos dormidos, o hemos dormido la parte divina en nosotros, los seres humanos. Hemos aprendido a convivir intensamente con lo no sagrado, el temor se ha apoderado de nosotros, nos aferramos al poder para controlarlo todo y para sentirnos seguros. Los trastornos aparecen cuando el temor se hace presente y nos controla, y esto hace que hablar de la experiencia con Dios se limite a los aspectos exteriores y a lo que consideramos oportuno y conveniente. Debemos dar un paso para considerar la dimensión humana y divina en la experiencia de lo divino.

El diálogo es integrador

Antes de cualquier experiencia religiosa, el ser humano ya tiene la experiencia de Dios, pero no toma conciencia de esa realidad, a menos que se encuentre con una impresión fuerte que le abra una visión global de la vida y las relaciones con las demás personas con experiencia distinta. El instrumento integrador por excelencia es la armonía en el diálogo, porque lo condimenta y lo conduce a lo sagrado. Este elemento indispensable es una fuerza que despierta los mejores conocimientos y sentimientos para comunicarse con agrado. El desarrollo del diálogo es diverso. Es como un imán que atrae los distintos componentes que lo acompañan y produce lo mejor en ideas, y actitudes en cada individuo; y todo en armonía.

Esta integración evita la competencia, hace resplandecer y ordena todo en su espacio propicio para que sea parte. Se constituye en el germen que nutre y hace crecer, moldea y activa, deja que se atraigan muchas otras ideas para compartir. Cuando los seres humanos profundizan su integración, hacen juntos su historia de experiencias de Dios, que envuelve el pasado, el presente y el futuro.

La integración es plena y no hace distinción de género. Aporta valor, despierta la visión y hace que la luz esté presente. La ausencia de fluidez se parece a una olla con avena sobre el fuego: si tiene agua fluye el calor; sin agua, el calor quema la olla, y a su vez la avena. Lo que hace fluir el diálogo es la armonía que emana de lo sagrado, que se materializa como fragancia y es experimentada de manera distinta por cada persona.

El diálogo es revelador

El diálogo es capaz de revelar las sombras, las oscuridades presentes que no son fáciles de percibir o intuir. Detrás de cada acción, de cada palabra, hay situaciones y condiciones que no se perciben fácilmente. Si son de lo sagrado, provocan un acercamiento, y si son de la sombra, producen una separación cada vez más pronunciada. La cohesión desde lo sagrado solidifica los distintos componentes del diálogo y éstos se funden armónicamente porque se han dejado moldear o se han adaptado. En tal virtud, lo sagrado en las palabras y acciones no condiciona ni permite la división. Permite escuchar o realizar el intercambio una y otra vez, manteniendo el brillo o sonido musical y hace resplandecer el ambiente.

El sentido de compartir lo sagrado es una acción primordial. Es necesario que todo lo que el individuo diga o haga se sienta representado en su propia palabra. Por lo tanto, los diálogos interpelan y potencian todas aquellas realidades que alumbran la vida y no permiten que aparezcan los generadores de muerte.

Bajo la lupa de lo sagrado del diálogo se coloca un ingrediente que lo hace agradable en un alto grado y lo hace personal; conduce a la observación profunda y trata de hacer que se capte el valor y la fuerza que circula por dentro y por fuera.

Sin lo sagrado, el diálogo o las palabras son como ladrillos amontonados sin estructura alguna, por lo tanto sin orden. Lo sagrado ordena de una manera que establece una forma y abre posibilidades de una construcción monumental. Este tipo de diálogo constructivo está inmerso en lo sagrado, y revela que surge de mentes y corazones dinámicos. Nos hace mantenemos despiertos para la continuidad de la vida. Perpetua los cimientos de una relación profunda con todo lo que está a su alrededor. Se puede pensar que se vuelve a cantar y hablar y a escuchar los cantos de los árboles, de los ríos y de las montañas.

La transparencia de lo sagrado permite comprender que el diálogo es un signo de origen divino; en tal virtud, es innovador. En la concepción maya, lleva la marca de ser un camino trazado desde el inicio del mundo. Muestra con claridad la importancia de considerar el poder de la palabra (Popol Vuh). Las ideas se hacen presentes y son necesarias porque encienden el fuego de la conversación. Con el calor y la claridad, las palabras se van articulando una por una hasta tener fluidez, y esta fluidez produce la convivencia, porque se hace concreta, aceptada y apropiada para todos y todas las participantes.

Hay un movimiento armónico de las palabras, que nutre el diálogo hasta hacerlo profundo y exquisito para la construcción y reconstrucción del pensamiento. Enlaza las palabras motivadoras y creadoras, para que todas contribuyan a dar forma y sentido a la experiencia cotidiana. La fertilidad de la armonía hace que las palabras resplandezcan, se comuniquen entre sí y regeneren la comunicación para la vida. Es como el viento que sopla y las hojas de los árboles se mueven y suenan armoniosamente.

El diálogo interreligioso como camino de la humanidad presente

El camino para las generaciones presentes es el diálogo interreligioso que las conduce a la luz. Es una práctica que requiere observarse detenidamente por sus múltiples dimensiones, con influencia sobre toda la experiencia humana. Es la fuerza del Creador presente, que dinamiza las diferentes esferas de la experiencia del vivir individual y colectivo.

Las ideas que captamos de los ancianos y las ancianas son que el diálogo interreligioso es una vivencia concreta de la presencia del Creador, que nos hace partícipes y deja huellas para las futuras generaciones. Es una manera de vivir la vida aquí y ahora, que trasciende las distintas circunstancias. Influye en las personas y las hace ser visionarias, libres y abiertas a dar y recibir.

La importancia del diálogo interreligioso está, además, en la exigencia a cada participante a que ocupe conscientemente su lugar en este mundo. Esto produce confianza en sí mismo y su compartir se hace placentero porque abona la unidad y facilita el despertar de todos los sentidos. En este estado, los símbolos que se comparten despiertan nuevos sentidos y significados; revelan valores y abren la posibilidad de una nueva relación, con respeto por el otro y el lugar que ocupa.

El compartir religioso es unir las experiencias sagradas, lo cual permite el florecimiento de la identidad de la práctica espiritual de cada persona, que se hace audible y visible. Regenera la fuerza interna para disfrutar de su propia vida; ilumina sus pesares y oscuridades. Da fuerzas para enfrentar los obstáculos, las sombras, y dejar que el compartir facilite las oportunidades de enriquecerse y mantener la convicción y valor de la experiencia de lo sagrado.

Aparece el equilibrio en la mente y el corazón, y la mente, enriquecida por el intercambio y su estrecha relación con lo cotidiano, permite valorar la fuerza de la complementariedad. Los encuentros de experiencias de Dios en el desarrollo de la vida ayudan a superar las dificultades que producen los desaciertos y desencuentros.

Es importante considerar que el intercambio debe ser a partir de una actitud abierta y, por lo tanto, es desde el alma. El diálogo se torna sagrado, un espacio para la inteligencia de la fe y el conocimiento que se ligan por el germen divino que tienen. Se da sin angustia por la pureza, ni por la superioridad o inferioridad de la práctica relacional con el dador de la vida. Es agradable y permite afirmar la fe. El valor de otras experiencias está en que permiten saborear la propia y disfrutar de su aroma.

Los pueblos originarios mantienen el valor de sus experiencias de Dios, pero, por razones históricas, no se hace notar con libertad. Sin embargo, al acercarse a esas experiencias se tornan una orientación hacia la distancia y encuentro con el horizonte ancestral. Encierran una fuerza que hace recuperar el valor de las palabras dichas con inteligencia y sabiduría y, poco a poco, éstas se hacen necesarias porque llevan el germen de lo divino. Estas palabras se comparten oralmente con deleite, en familia o en comunidad.

Lo sagrado debe reconocerse en las distintas experiencias; esta es la riqueza de la humanidad y cada pueblo la cultiva de la forma adecuada. Lo podemos observar a lo largo de su historia. En el convivir florece y se manifiesta su belleza y fortaleza y se acopla con las de otros pueblos.

Dialogar es la mayor expresión de la humanidad, pero no es mágico; requiere aferrarse a la palabra que conduce a la concordia e impulsa a la vida. Facilita estar consciente de las posibilidades que tenemos en las manos, porque el compartir es fundamentalmente para una expresión clara y vibrante de la vida. No exime de los defectos o de la imperfección, pero no se limita a estas realidades humanas. Establece un inicio e indica

un proceso para llegar a un final. Es un acto de hombres y mujeres que se dejan llevar por el espíritu de Dios, los motiva a esforzarse para recrear, renovar y regenerar su ser y su entorno.

Los rezos mayas indican que el diálogo interreligioso es fundamental porque trae consigo la abundancia de conocimiento y aprendizaje de manera integral. Quien comparte con sus palabras las maravillas que Dios hace en su vida es una persona dadivosa, refleja la presencia del Creador en esta realidad en que nos movemos y vivimos.

El diálogo debe ser penetrante hasta las coyunturas, para formar y reformular el sentido de la vida en comunidad. Requiere de palabras poderosas, capaces de remover los trastornos y frustraciones provocados por las debilidades humanas, caso del egoísmo, la discriminación y las trampas de un corazón entenebrecido. Lo trascendente en la experiencia de todo ser humano son sus palabras que hacen memoria de manera natural del Creador, en su experiencia de vida. Concentra el germen de crear, de dar vida y de hacer florecer la vida. Las ancianas dicen que todo diálogo debe producir transformaciones entre los conversadores, y esto se hace notario en la transformación de lo conversado.

El diálogo tejedor de experiencias

En la mente de mujeres y hombres seducidos por esa presencia divina se enhebra la aguja del pensar y del sentir con delicadeza. En la mente y alma inspirados por el Creador se van tejiendo los sentimientos y pensamientos que se hacen palabras. En el diálogo entre ancianos y ancianas se puede escuchar que lo más sublime es la palabra compartida, que despierta y nutre el alma de quienes escuchan con atención.

El diálogo como encuentro lo debemos concebir para nuestros tiempos modernos como un fuego que purifica y dinamiza las palabras, las hace reveladoras de hermosura, porque manifiestan con claridad la presencia del Creador. A la vez, se hacen notorias todas aquellas palabras que carecen de sentido, opacadas por la autosuficiencia y la desvinculación con el Creador.

El Creador nos invita de muchas maneras al diálogo, desde la experiencia de la adoración y al compartir nuestras formas religiosas. Compartir las distintas ideas y pensamientos que hemos cultivado en el desarrollo de la vida es hacer palpable el caminar de Dios con nosotros y nosotras. La

riqueza y belleza está en ese caminar, que se diversifica y se hace grande, nos hace progresar en la comprensión y se afirma con y en cada persona que está dispuesta a compartir.

Cada generación tiene sus posibilidades, oportunidades y espacios para el intercambio de las distintas experiencias de Dios. Pero no siempre son aprovechadas para la recreación del alma, porque la intolerancia o el egoísmo anulan las posibilidades. Es necesario que la sinceridad del diálogo se exprese en la cotidianidad, para renovar la comprensión. Que llegue como el viento que sopla suavemente para acariciar integralmente y afirmar en cada persona o pueblo la chispa divina. Debe fluir como río caudaloso que deja escuchar su murmullo musical, y no permite la aridez porque ésta es un trastorno, que seca la mente y todo el ser humano.

La construcción dialogal hace que los practicantes de la fe se abran a la realidad y a la sociedad, para irrumpir en las circunstancias y trascender las adversidades presentes. Hacer del diálogo una actividad extraordinaria es dejar que una pequeña lucecita se encienda, se haga grande y se torne invitadora para que otras se unan con ella para fertilizar la vida.

El tejido de las palabras es el sendero de los dioses, las mujeres y los hombres que se han encontrado con el Creador, van tras las huellas de los tiempos y siguen el sendero divino. Así dicen las ancianas y los ancianos. Cada pueblo tiene su propia manera de hablar y tejer sus experiencias de Dios. Porque ese tejido es urdido con delicadeza y con el espíritu divino y con las aspiraciones sublimes del ser humano, por eso es diverso y multicolor. En tales circunstancias es como la salida del sol que tiene un proceso hasta su caída. Ningún momento es parecido al otro, pero tampoco hay uno desconectado de los demás.

El tejido de las experiencias de los pueblos indígenas que llevan la marca de ser para vida es y será siempre el testimonio para perpetuar las huellas de Dios en la vida. Esto indica que estar apasionado por comunicarse desde su perspectiva y maneras propias es una necesidad de cada pueblo. En el diálogo entre las religiones no se ha dejado espacio visible a los pueblos indígenas, pero ellos han entrado en este concierto a decir su palabra, que por circunstancias adversas la mantuvieron en privado. Ahora vienen a hacer reflexionar, a presentarse y a dar espacio a la discusión, a compartir para conocer y, sobre todo, encontrarle una nueva dimensión a lo que ya se conoce y se vive en el diálogo interreligioso.

Las ancianas consideran que el verdadero diálogo se define por la originalidad de los participantes, al decir cómo se experimenta a Dios en la cotidianidad. Por eso es abrir los brazos para abrazar con entusiasmo lo que viene de los otros tejidos que son muestras de la misericordia y bondad de Dios, cada día. Porque ninguna experiencia es igual a otra, hay que reconocer que ninguna experiencia particular se agota en las palabras, y se recurre necesariamente a los testimonios de vida, los gestos y las acciones para dar fe que el diálogo es profundo.

Este acto singular de hablar desde la fe, hace despertar en nosotros la vocación por la comunión con el Creador, con los hermanos, hermanas y con todo lo que nos rodea. El ser humano debe cultivar su tejido para tener propiedad y arte de hablar, desde la profundidad de su ser integralmente. La experiencia divina se va configurando en palabras, con una relación armoniosa de fe y práctica.

El aporte desde la perspectiva indígena es la comprensión de la vida entretejida con las realidades circundantes. Tesoro preciado es la palabra que recoge la simiente de la vida en flor. Es un aporte que invita a considerar el diálogo en doble dimensión: racional y sentimental en el apoyo mutuo.

El diálogo es un tejer caudaloso, potente y frondoso como un árbol generador de vida. Hace que se nutran las distintas experiencias religiosas, que se vayan afinando las asperezas y reconcilia hasta atraerse uno al otro para enriquecerse mutuamente.

Conclusiones

Permítanme hacer esta pregunta a manera de conclusión: ¿Es posible un diálogo con las tradiciones religiosas ancestrales de América Latina? Si se mantiene la idea de grande y pequeño, de santo y pagano, estructuradas y no estructuradas, indudablemente no hay ningún espacio para el diálogo entre las experiencias de Dios con las culturas de Abya Yala. Es importante dar un salto sobre las categorías que nos consumen en la contradicción y lucha por el poder y el dominio que degradan la expresión de la fe y de Dios. Que son, por lo tanto, una degeneración de la adoración.

Es imposible diseñar una expresión global y que represente la diversidad; sin embargo, en estructurar esta expresión se ha invertido el mayor esfuerzo. El entendimiento humano condicionado por el absolutismo nos

hace más limitados y es más esclavizante. Ninguna palabra lo puede iluminar, porque el resto, lo otro, ya está condenada a la oscuridad. Incapacita a abrir con esperanza el acercamiento entre los hombres y mujeres en libertad; pierde el sabor y el perfume del florecer de una relación y expresión de lo sagrado.

Para los ancianos y ancianas indígenas mayas kaqchikeles, la experiencia íntima con El Creador es intransferible, inmutable, audible y refrescante. Nuestra tradición es sólo un camino, una vereda por transitar, nada determinado. Cada generación está por continuarlo, hacerlo presente, posible e inteligible.

Las experiencias de Dios invitan al diálogo como celebración para disfrutar esa relación o comunión profundamente divina. En cada momento, esa sagrada presencia se hace más fresca, se nutre a partir de la fe vivida. Los verdaderos buscadores de hermandad caminan al amparo de la frescura y la inteligencia motivadora que recrea la vida.

El diálogo interreligioso afirma un espacio de intercambio de experiencias de Dios. Toda experiencia de comunión con Dios da un sentido a la vida, y su validez está en el compartirla. Es capaz de despertar dones y talentos dormidos; los recrea y los diversifica, refuerza la comprensión y las palabras transmiten sentidos que se afirman en quien la escucha.

Un hecho religioso es una puerta al universo de experiencias de Dios. El diálogo es conocer distintas puertas que se abren misteriosamente para beber del manantial de vida. El diálogo con las tradiciones indígenas es revelador y no es una experiencia aislada del universo; es parte de él, se desarrolla dentro de él y con todos los actores.

Si nos damos la oportunidad de ver detenidamente las virtudes del diálogo, se hace notar que es a partir de la presencia de Dios que las describimos y en cada descripción aparece un hecho que potencializa la cotidianidad. Fomenta un espíritu de complementariedad. No hay exclusividad sobre lo trascendente, lo que supera toda imaginación del ser humano. Es un acto de humildad. Esa humildad es el resultado de una relación profunda y plural con el Creador y el entorno.

Si logramos dialogar con autonomía y franqueza, seremos libres y nuestras palabras serán poesía y canto, sitio donde cada experiencia se hace notar como una nota musical. Y ninguna fuerza humana puede controlar la palabra, pues ella aflora en virtud de la misma inteligencia y sabi-

duría presente y conduce a una manifestación clara del respeto de sí mismo y de los demás.

Si no hablamos lo que sabemos y lo que sentimos, tarde o temprano lo olvidamos, y olvidado deja de tener sentido, aun cuando se resucite. Ha dejado una parte de su sentido en el pasado que no se puede recobrar.

El diálogo hace que la experiencia se afirme en su sentido y contenido diverso y con su particularidad en cada época, generación y cultura.

